

en el pueblo de Almarail, donde se lo encontraron, le prometieron sacrificar en su defensa vida y haciendas (1), lo mismo que habían hecho un día antes los de la villa de Agreda.

en Agreda donde era la plaza de armas y tenía por aquella comarca alojada la infantería y mucha parte de la caballería que hacia esta parte, por esta halda del Moncayo, es un poco mas estrecha la entrada, lo ceñía D. Alonso, y por la frontera de Castilla, que corresponde á lo de Navarra y Aragon, que lo es lo de Alfaro, Tudela y Cortes lo mas llano y entrada fácil disponia D. Francisco de Bobadilla Maestre de Campo General todo lo que era artillería y piezas gruesas que se habian traído de Burgos y Pamplona (pág. 180).... Referida la retirada del Justicia á Epi-la, y Zaragoza quedada desierta de muchos buenos y de todos los malos, habiendo dicho la entrada que D. Alonso de Vargas del ejército de el Rey hacia por diferentes partes, habremos de volver á decir el dia que entró en Aragon, fué por el puerto de Agreda con D. Francisco de Bobadilla, Maestre de Campo General, y D. Agustin Mexía y la artillería por Cortes y Mallen y el Marqués de Lombay por Calatayud, que por su camino era otra entrada para combatir ó asegurar ánimos.

»Habiéndome escrito D. Alonso de Vargas á los 10 de Noviembre á la tarde que ninguna cosa dificultaba su entrada sino el no tener bagajes, dándole S. M. tanta priesa, que á 11 del dicho era plazo asignado que él entrase por aquella parte y D. Francisco de Bobadilla y los demás por lo llano, así se lo provei todo, y particularmente bastimentos de pan cocido y algunas cargas de pescado y aceite, que fué un gran socorro, cuanto llegaron á Veruela, Vera, Cintruénigo y San Martin y otros lugares á alojarse á los 11 de Noviembre. Antes del amanecer marchó con su estandarte plegado y en una litera y cuatro compañías de á caballo y 4,000 infantes piqueros y arcabuceros, y amaneció en Vozmediano adonde yo llegué á acompañarle para entrar con el ejército de mi Rey y debajo de su estandarte, habiendo llovido el dia antes, y aquella noche el agua caía mas deshecha y fuerte que yo he visto, siendo aquel camino entre unos valles muy estrechos. Desde el camino de los Zayos á Vozmediano hay un cerro llamado de Enmedio, entre dos valles, muy ancho y espacioso sitio, muy dispuesto y aparejado para si hubiera voluntad de resistir la entrada y no estuvieran los ánimos de todo aquel rio de Tarazona y Borja tan prevenidos y dispuestos al servicio de S. M.... Y le parecieron (á D. Alonso de Vargas) tan bien puestos (soldados) que yo traía que los alabó mucho; y podia, porque eran mozos que desembolvieran las manos harto mejor que muchos de los soldados visoños que él traía, los cuales venian tan cansados, mojados y desmayados, que dejaban en los caminos las picas y arcabuces; tan medrosos, que yendo en el camino con D. Alonso poniéndole yo en la plática del sitio de la disposicion de la tierra, el tiempo que hacia y cuan bueno era tener aquella entrada tan segura que á no estarlo pudiera dar cuidado si por la parte de el rebollar (de Moncayo) les saliesen 1,000 hombres y otros tantos por el cerro de Enmedio; que me dijo: Sr. D. Francisco, si yo no tuviera la seguridad y disposicion que he visto, se han puesto las cosas por vuestro medio, y de toda esta tierra, con mucha dificultad y mas prevencion se habia de entrar, y os confieso que en tal sazón como el dia de hoy y en el puesto en que estamos era muy dificultosa la entrada y mucho mas con el miedo y ruín gente que esta visoña trae» (pág. 96 y siguientes).

Aquel día entraron en Aragón las tropas, y lo que sigue ya no pertenece á la historia de Soria.

(1) Acuerdos del Ayuntamiento.

El estado de la guerra hizo á D. Felipe establecer en Jadraque y después en Atienza su cuartel general, desde donde continuó dando á las provincias fieles á su causa las oportunas disposiciones. En una carta que dirigía á la ciudad de Soria, dice así: «Habiendo entrado por Castilla las tropas de mi abuelo el rey Cristianísimo, para que, unidas á las mias, castiguen la arrogancia del enemigo que llegó hasta Madrid, he resuelto que en Navarra y Castilla valgan los luises de oro como cien doblas de á dos, los escudos como los reales de á ocho... y á proporcion las demás monedas.» Y después añadía: «Siendo Soria plaza fronteriza y no pudiendo mandar tropas veteranas, he resuelto que no se saquen las milicias, que cada vecino dé para un fusil, que se armen todos los hombres útiles, que se reparen las murallas y que se saquen arbitrios donde mas pronto sea posible» (1).

Ya en virtud de órdenes anteriores se habían organizado dos regimientos de milicias de quinientos hombres cada uno en la Sargentía de Agreda, bajo el mando de D. Juan Diego Castejón, conde de Agramonte, con catorce compañías, y otro en la de Soria con nueve bajo el mando de D. José Salazar y Carrillo: á estos se agregaban otros pequeños cuerpos de voluntarios, un escuadrón de cincuenta caballos por cuenta de la ciudad de Soria y su tierra, y otro de veinte más, á cuyo frente se ponía D. Manuel Salcedo y Salazar, ofreciéndose á sostenerlos por su cuenta, lo que no consintió la ciudad, asignándoles las cantidades necesarias para su sostenimiento. Para dirigir todas las operaciones militares del cuartel general, envió el rey al coronel Amorfi con su plana mayor de oficiales, no sin advertir que venían con los correspondientes sueldos que debía pagar la ciudad, los cuales se pusieron inmediatamente al frente de los cincuenta caballos de la tierra. Por la parte de Medinaceli y Almazán se disponían los oportunos aprestos militares de

(1) La carta original se conserva en el archivo del Ayuntamiento de Soria.

milicias y caballos para defender los pueblos de la frontera. No así en las villas del Burgo de Osma, Uceró, Berlanga, Fuente-Pinilla y Gormaz. Éstas, afectas en secreto más á la causa del Archiduque que á la de D. Felipe, se excusaron con que el país estaba muy esquilmo y los pueblos faltos de gente que mandar á causa de una epidemia recientemente sufrida, y á fuerza de amenazas é instancias enviaron por junto diez y siete hombres inútiles que el Ayuntamiento de Soria rechazó sin que sirvieran de nada sus amenazas.

Mientras así se preparaban para la defensa la ciudad de Soria y las villas de Almazán, Medinaceli y Agreda, trayendo armas de Plasencia y no bastando éstas recogiendo las escopetas de todos los vecinos, mientras se uniformaban los cuerpos de milicias y los de voluntarios y se recomponían las murallas abandonadas y faltas de reparos, la fortuna favorecía al Archiduque que contaba ya como suyos el Aragón, Cataluña y Valencia, ayudándole tan sólo á D. Felipe, replegado en Burgos con sus Cortes, las Castillas, Andalucía y Extremadura. Si los del Archiduque penetraban en Castilla la Vieja, si lograban llegar á apoderarse de Burgos, su triunfo era seguro. El camino más corto para los sublevados era el de la provincia de Soria: al efecto, en la frontera de Aragón se reunió un cuerpo de ejército de ocho mil hombres y diez piezas de artillería á las órdenes del conde de Sástago. Hasta aquí todos los incidentes de la guerra se habían reducido al alojamiento de tropas francesas y walonas que venían de paso con dirección al Cuartel general, mandadas en auxilio de su nieto D. Felipe por el rey Cristianísimo, y á pequeñas escaramuzas por parte de los aragoneses rebeldes, quienes, penetrando en partidas sueltas por sorpresa cuando en un pueblo ú otro de la frontera, recogían su botín y se volvían con él al seguro de su tierra, sin que pudieran impedirlo ni los centinelas avanzados que los de Agreda tenían en diversos puntos del Moncayo, ni el coronel Amorfi, que con los cincuenta caballos de la tierra de Soria y algunas compañías,

recorría los demás pueblos de la frontera de la sargentía de Soria (1). Los apuros comenzaron cuando el conde de Sástago, apoderándose de Borja, Villarroya y demás pueblos aragoneses que permanecieron fieles á Felipe V, amenazó á los de Borobia y otros pueblos con que penetraría en ellos á viva fuerza y les daría fuego, si pacífica y espontáneamente no le abrían las puertas. Los de Tarazona pedían auxilio á los de Agreda, prometiendo mutua correspondencia; pero éstos no podían prestarlo porque el coronel conde de Agramonte, por orden superior, había salido de la Sargentía con el regimiento en auxilio de otras plazas y la villa no tenía más guarnición que la de sus vecinos útiles y algunos voluntarios de la tierra. A la vez Agreda pedía gente á las villas del interior; mas éstas, no cuidándose sin duda de prestarles el socorro, le obligaban á solicitarlo de Soria. Los de ésta harto tenían que atender con los pueblos fronterizos de su Sargentía que reclamaban cada día hombres y municiones, teniéndose que mandar á Gómara los caballos que había de la tierra; mas como los enemigos se dirigieran á Serón, pueblo del cual se apoderaron, y no hubiera ya gente que mandar, se envió á un hijo del caballero Santa Cruz á hacer presente al rey el apuro de la ciudad. Amorfi entre tanto pedía más hombres y dinero: para ello se invitó al Cabildo, que contestó que sus capitulares contribuirían con lo que dieran los de Ayuntamiento y tomarían las armas si era preciso como todos los vecinos. Con esto se mandaron cien hombres á Gómara, pero éstos fueron sorprendidos en Caravantes por mayor número, y muchos cayeron prisioneros. Con esto y la noticia de la entrada del enemigo por capitulación en la fortaleza de Peña-Alcázar, ya no estaba la ciudad segura y era preciso pensar en fortificarla lo que se pudiera (Noviembre de 1706). Entonces se armaron todos, muchos con chuzos y lanzas por falta de

(1) En algunos pueblos como en Beratón, sorprendían á los vecinos y se llevaban todo el ganado.—«Actas de los acuerdos del Ayuntamiento de Agreda.»

fusiles, y resueltos á resistir de cualquier modo, cuando la majestad de D. Felipe V contestaba al emisario Santa Cruz que no podía mandar allí ningún socorro.

Satisfecho podía quedar el rey de la adhesión de los de Soria, y mucho era el valor de sus vecinos cuando al ver esta contestación no desmayaron y franquearon las puertas de la ciudad al enemigo: todo al contrario; con la mayor abnegación, proveyendo á todo, procuraron mandar socorros para su alimentación á los prisioneros de Caravantes que estaban en Zaragoza (1); sobre la marcha se organizó otro cuerpo de cuarenta hombres de á caballo, para aumentar el de cincuenta de la tierra, bajo el mando de D. Manuel Salazar y Salcedo; se levantaron barricadas y se sacaron los morteros viejos del castillo que se colocaron en los puntos convenientes de la población, según lo indicara el coronel Amorfi.

Entre tanto las malas nuevas se sucedían como siempre: cada parte que se recibía de la guerra era dando una mala noticia. Los vecinos de Almenar y de Gómara anunciaban que el enemigo se había apoderado también de la primera de estas plazas, é inmediatamente se mandaron dos compañías de infantería y veinte caballos. No lograron éstos y los que había allí recuperar la plaza de Almenar, pero hicieron bastante con detener al enemigo en su rápida marcha; y así, frente unos á otros, permanecieron sin que los invasores se atrevieran á atacar á la ciudad de Soria.

Así pasó el invierno de 1706 á 1707, preparándose Soria por sí sola y abandonada por el coronel Amorfi (2) para defen-

(1) Por tercera persona se les mandó á razón de un real diario á cada uno.—«Actas de acuerdo del Ayuntamiento de Soria.»

(2) Con lealtad y nobleza indicó la ciudad al coronel Amorfi que pronto no se le podría tener al corriente de pagas, y este militar abandonando su puesto en el momento del peligro, dejó el mando y pasóse al cuartel general, donde sin duda le ofrecían más probabilidades de cobrar al corriente: asimismo se despidieron todos los oficiales de alta graduación, y las fuerzas se pusieron bajo el mando de un cabo que por algo entendido había mandado el duque de Lüneville; pero ni aun

der la entrada del enemigo tras de las barricadas, sin que los aragoneses se atrevieran á pasar más adelante de Almenar hasta el mes de Abril, en que recibida la noticia de la victoria de Almansa, el enemigo abandonó por sí mismo, desanimado, esta plaza, la de Serón y la de Peña-Alcázar.

De esta manera defendió Soria con las villas de Almazán, Medinaceli, Agreda y las demás fronterizas, la causa del rey Felipe V contra el poder de todos los aragoneses, decidiendo tal vez en los destinos de la patria que otra hubiera sido la suerte de la nueva dinastía si el conde de Sástago con los aragoneses hubiera logrado rebasar el Duero, conseguido lo cual, tal vez le hubiera sido fácil penetrar hasta Burgos; porque en el intermedio no le faltaban al archiduque D. Carlos, partidarios ocultos.

Terminada la guerra dos años después, en cuyo tiempo no tuvo ya Soria más misión que cumplir que la de soportar con paciencia los gravámenes que llevaba consigo el alojamiento de tropas francesas, que cruzaban de paso de Francia para España; el rey Felipe V recompensó como era justo los servicios de los sorianos, concediendo á sus caballeros títulos, honores, dignidades y altos empleos; por lo cual creció de nuevo y duró por algún tiempo la importancia política de Soria. La familia más distinguida fué la de los Salcedos, entre cuyos individuos sobresalió D. Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, primer marqués del Vadillo, que después de servir los corregimientos de Plasencia, Salamanca, Jaén y Córdoba, ocupó el de Madrid, mereciendo la mayor estimación de Felipe V. Aquí se distinguió sobre manera por su habilidad en el Gobierno, dejando una honrosa memoria en el cuartel de Guardias de Corps, Casa-hospicio, el puente de Toledo, la fuente de San Luís y la ermita

así se advirtió en Soria la más mínima señal de desaliento; al contrario, recibida la noticia del preñado de la reina que aseguraba la sucesión, se celebró con rogativas en la colegiata y hubo grandes fiestas.—«Actas de acuerdos del Ayuntamiento de Soria.»